

man, son raras y sólo existen en cierta medida. Su utilidad es inapreciable, porque permite hacer uso de la inteligencia en el momento mismo en que es más necesaria confiando así al que las posee una señalada superioridad. El que no las posee advierte lo que conviene hacer ó decir, cuando ya no es tiempo. Existe en alemán una expresión muy exacta para manifestar que un hombre se halla dominado por una fuerte emoción, es decir, que su voluntad se encuentra tan vivamente afectada, que le priva del funcionamiento adecuado de su inteligencia; se dice entonces que está *sin armadura* (*entrüstet*); y, en efecto, el conocimiento exacto de los hechos y de sus circunstancias constituye nuestra armadura y nuestra defensa en la lucha con los hombres y las cosas. Baltasar Gracián dice asimismo, «es la pasión enemiga declarada de la cordura» (en castellano en el original).

Si la inteligencia no fuere totalmente diferente de la voluntad; si, como se creía hasta ahora, conocer y querer tuvieran la misma raíz; si fueran dos funciones primitivas de un ser absolutamente simple, sería forzoso que á la afección y á la sobreexcitación de la voluntad acompañara siempre una sobreexcitación proporcionada de la inteligencia, mientras que, como hemos visto, el intelecto es arrollado y deprimido por la voluntad. Los antiguos llamaban á la pasión *animi perturbatio*. La inteligencia se asemeja verdaderamente á la superficie tranquila del agua, el agua es la voluntad, cuya agitación enturbia la limpidez de la superficie y la claridad de las imágenes que refleja. El organismo es la voluntad misma, la voluntad encarnada, hecha cuerpo, es decir, percibida objetivamente por el cerebro. Así, las afecciones placenteras, y en general, las emociones sanas, elevan y favorecen mu-

chas de las funciones orgánicas, como la respiración, la circulación, la secreción de la bilis y la fuerza muscular. La inteligencia, en cambio, no es más que una función del cerebro al cual sostiene y alimenta el organismo como á un parásito; de ahí el que toda perturbación de la voluntad, y, por consiguiente, del organismo, altere ó paralice esa función cerebral, que existe separada, y no conoce otras necesidades que la del reposo y la del alimento.

Esa influencia perturbadora que la actividad de la voluntad ejerce sobre la inteligencia, no se manifiesta solamente en las alteraciones traídas por las emociones. Se manifiesta asimismo en muchas otras alteraciones del pensamiento más insensibles, pero más persistentes, producidas por nuestras inclinaciones. La esperanza nos muestra como verosímil y próximo lo que deseamos, el miedo lo que tememos y ambos abultan su objeto. Platón llamó ingeniosamente á la esperanza el sueño del hombre despierto. La esperanza consiste, en su esencia, en que la voluntad obliga á su servidor el intelecto, cuando éste no ha podido procurarla el objeto deseado, á presentarle, al menos, su imagen, á desempeñar el papel de consolador, á calmar á su señor, como la nodriza apacigua al niño, contándole cuentos narrados de manera que ofrezcan alguna apariencia de verdad.

En esta operación, la inteligencia, cuya verdadera naturaleza tiende siempre hacia la verdad, tiene que violentarse y tomar por verdaderas, pese á sus propias leyes, cosas que no son ni verdaderas ni verosímiles y á veces apenas posibles; todo esto únicamente para divertir á la voluntad, para tranquilizarla y adormecerla. Ahí se ve claramente quién es el amo y quién el servidor.



Muchas personas podrán hacer la observación de que cuando un negocio importante para ellas puede resolverse de distintas maneras, todas las cuales creen haber abarcado en un juicio disyuntivo completo, el negocio tiene, sin embargo, un desenlace diferente é inesperado; y acaso esas personas no advierten que ese desenlace suele ser constantemente el más desfavorable para ellas. Se explica esto, por cuanto la inteligencia que creía haber examinado todas las eventualidades, no había podido ver la peor de todas, porque la voluntad se la ocultaba, por decirlo así, con la mano; esto es, dominaba á la inteligencia hasta el punto de incapacitarla para volver la vista hacia la eventualidad más desventajosa, aunque ésta fuese la más probable, puesto que se ha realizado.

También, supuesto un temperamento melancólico ó un espíritu acobardado por frecuentes experiencias de este género, las cosas pueden seguir el camino inverso y la inquietud desempeñar el papel que antes correspondía á la esperanza. El primer asomo de un peligro llena de ansiedad infundada á estos caracteres. Si la inteligencia quiere ponerse á examinar las cosas, se la rechaza como incompetente y se la acusa de sofista y engañosa. Se pretende que sólo al corazón debe hacerse caso y la misma cobardía de éste es invocada como argumento en favor de la realidad y el alcance del peligro. La inteligencia resulta, de este modo, impotente para buscar las razones contrarias, que habría hallado rápidamente, disponiendo de libertad; pero se la obliga á presentar sin tardanza el cuadro del desenlace desgraciado, que apenas cree posible.

Algo que sabemos ser falso y que tememos, no obstante, porque lo peor es siempre lo que está más cerca de la verdad.

BYRON: *Lara*, c. I.

El amor y el odio falsean completamente nuestro juicio; en nuestros enemigos no vemos más que sus defectos; en los que amamos, sólo las buenas cualidades pues en ellos hasta los defectos nos parecen amables.

Nuestro interés, de cualquier indole que sea, ejerce una influencia análoga sobre nuestro juicio; lo que se opone á aquél lo juzgamos sinceramente injusto y abominable, ó bien inoportuno y absurdo. De ahí nacen todos los prejuicios de clase, de profesión, de nación, de secta, de religión, etc. Una hipótesis por nosotros admitida, nos da vista de lince para ver todo lo que la confirma y nos vuelve ciegos para todo aquello que la contradice.

Cuando algo se opone á nuestra causa, á nuestros proyectos, á nuestras aspiraciones, á nuestras esperanzas, no podemos, con frecuencia, ni comprenderlo, ni imaginarlo, aun siendo cosa evidente para todo el mundo; lo que, por el contrario, nos es favorable, nos salta á los ojos. Lo que rechaza el corazón no lo admite la cabeza. Hay errores que conservamos toda nuestra vida y que nos guardamos de escudriñar jamás, únicamente porque tememos, á pesar nuestro, descubrir que hemos dado fe á una mentira y la hemos afirmado con frecuencia durante largo tiempo.

En todo tiempo nuestra inteligencia se deja fascinar y alucinar por las fantasmagorías de nuestras inclinaciones. Bacón de Verulamio ha expresado admirablemente ese pensamiento en los siguientes términos: *Intellectus luminis sicci non est; sed recipit infusionem a voluntate et affectibus; id quod generat ad quod vult scientias: quod enim mavult homo, id potius credit. Innumeris modis, iisque interdum imperceptibilibus, affectus intellectum imbuunt et inficit* (Org. nov., 1-14).



Evidentemente este mismo obstáculo es lo que se opone á toda idea nueva en las ciencias y á la refutación de los errores sancionados, pues el hombre no admite fácilmente la verdad de algo que venga á demostrarle su falta de juicio. Sólo esto puede explicar el que los físicos continúen negando las verdades, tan claras y sencillas, de la teoría de los colores de Goethe, el cual pudo experimentar por sí mismo cuánto más difícil es la posición del que trata de instruir á sus semejantes que la del que trata de divertirlos, y cuánta mayor fortuna es haber nacido poeta que filósofo.

Por otra parte, cuanto más tenazmente se ha defendido un error, más humillante es el desengaño, cuando la verdad se impone. Lo mismo cuando se derrumba una teoría, que cuando es derrotado un ejército, el más prudente es el que primero escapa.

Un ejemplo cómico, pero muy expresivo de este poder secreto é inmediato de la voluntad sobre la inteligencia, es que al contar nos equivocamos con mucha más frecuencia en nuestro favor que en perjuicio nuestro, lo cual sucede sin la menor intención de fraude, por pura inclinación inconsciente á disminuir nuestro Debe y á aumentar nuestro Haber.

Estas consideraciones se aplican igualmente al caso en que se trata de dar algún consejo; la menor intención personal del consejero, prevalece sobre el juicio más seguro; jamás debemos admitir que sea el juicio quien habla, cuando sospechamos que puede haber alguna intención de por medio. Por nuestro propio ejemplo podemos darnos cuenta de la escasa sinceridad real que puede esperarse, aun de las personas más honradas, desde el momento en que su interés está en juego de un modo cualquiera y por poco que

tenga que ver en el asunto. Nos mentimos con frecuencia á nosotros mismos, en cuanto la esperanza nos seduce ó el temor nos trastorna, ó la sospecha nos inquieta, ó nos acaricia la vanidad, ó una hipótesis nos fascina, ó cuando un resultado pequeño, pero próximo, nos ciega y nos oculta un grande interés más remoto, en todo lo cual se ve la perniciosa influencia, inmediata é inconsciente, de la voluntad sobre el conocimiento. ¿Cómo hemos de extrañar, pues, que la voluntad del hombre á quien pedimos consejo le dicte su respuesta, aun antes de que la demanda haya podido llegar ante el tribunal de su juicio?

Voy á indicar aquí solamente, en pocas palabras, lo que he desarrollado con extensión en el libro siguiente; es, á saber: que el conocimiento perfecto, puramente objetivo, ó sea la concepción del genio, tiene por condición un silencio tan profundo de la voluntad, que mientras dura aquel conocimiento, la individualidad misma del hombre desaparece de la conciencia, quedando reducido á *puro sujeto del conocimiento*, que es el término correlativo de la idea.

La perturbación que la voluntad lleva á la inteligencia, como lo comprueban los fenómenos que acabamos de describir, y por otra parte, la debilidad y los desfallecimientos de la inteligencia que la hacen incapaz de funcionar adecuadamente tan pronto como la voluntad se agita, nos prueban una vez más que la última, ó sea la voluntad, es el principio radical de nuestro ser, y que la fuerza con que obra es una fuerza primitiva, mientras que la inteligencia, como accesoria que es y sometida como se halla á numerosas condiciones, no puede obrar más que de una manera secundaria y con restricciones.

No existe perturbación directa de la voluntad por el



conocimiento que corresponda á la que introduce en el conocimiento la voluntad, y ni siquiera podemos concebir una perturbación de esta clase. No se puede atribuir tal significación al hecho de que los motivos mal entendidos extravíen á la voluntad, pues ésta es una falta cometida por la inteligencia en su propia función y en su propio terreno, y cuya influencia sobre la voluntad es muy indirecta. Mejor se podría interpretar de ese modo la irresolución, en la cual la voluntad permanece inmóvil, porque encuentra un obstáculo en el conflicto de motivos que le presenta la inteligencia. Pero examinando el caso más de cerca, se ve claramente que la causa del entorpecimiento no está en la actividad de la inteligencia, sino en los objetos exteriores de esa actividad. Las relaciones de esos objetos con la voluntad que por ellos se interesa es tal, en estos casos, que la solicitan en diferentes direcciones con fuerza casi igual. La causa real obra, pues, de algún modo, al pasar por la inteligencia, intermediaria de los motivos, pero suponiendo siempre que el conocimiento haya sido lo bastante claro para percibir bien los objetos y sus múltiples relaciones.

La irresolución, como rasgo del carácter, tanto depende de cualidades de la voluntad como de cualidades de la inteligencia. No la hallamos en hombres de muy cortos alcances, sea porque su débil inteligencia no sabe ver en las cosas sus diversas cualidades y sus numerosas relaciones, sea porque son tan incapaces de esfuerzo para reflexionar y meditar sobre las consecuencias probables de cada una de sus acciones, que prefieren decidirse inmediatamente por su primera impresión ó siguiendo alguna regla sencilla de conducta.

Observamos el fenómeno inverso en hombres de alta inteligencia cuando les anima un gran cuidado de su

propio bienestar, es decir, un egoísmo que quiere sacar partido de todo y ponerse constantemente al abrigo de cualquier perjuicio; de ahí resulta á cada paso, para ellos, una cierta inquietud de la que nace la irresolución. Esta cualidad no indica, pues, falta de entendimiento, sino de valor. Con todo, los hombres verdaderamente eminentes perciben las relaciones de las cosas y sus desenvolvimientos probables con tal vivacidad y seguridad tal, que por poco que el valor les sostenga, consiguen esa determinación pronta y esa firmeza que les hace aptos para desempeñar un papel importante en los negocios públicos, si los tiempos y las circunstancias les ofrecen ocasión para ello.

El solo impedimento, la única perturbación posible á que se halla expuesta la voluntad por parte del intelecto, es esa perturbación excepcional que resulta de una preponderancia anormal en el desarrollo de la inteligencia, ó sea de ese don supremo que llamamos el genio. Este don es una traba incontestable para la energía del carácter, y, por consiguiente, para la acción. Por eso, no es entre los genios propiamente dichos donde hallamos esos tipos históricos que, llamados por sus facultades á guiar y á gobernar á los hombres, han desempeñado un papel predominante en las grandes épocas de la humanidad. Para esto se necesitan hombres de facultades intelectuales muy inferiores á las del genio, pero dotados de una voluntad firme, resuelta y perseverante, tal como no se encuentra unida á una inteligencia excepcional. En el genio, por consiguiente, se presenta realmente el caso de que la inteligencia estorbe directamente á la voluntad.

6) En oposición con los obstáculos é impedimentos



que la inteligencia tiene que sufrir por parte de la voluntad, voy á mostrar ahora, valiéndome de algunos ejemplos, cómo á la inversa, las funciones intelectuales son activadas y estimuladas á veces por el aguijón de la voluntad, á fin de que veamos también en esto la naturaleza primaria de la una y la naturaleza secundaria de la otra, á fin de convencernos mejor de que la inteligencia es el instrumento de la voluntad.

Un motivo enérgico, tal como un deseo vehemente ó una necesidad imperiosa, eleva á veces á la inteligencia á una altura de que no la hubiéramos creído capaz antes. Circunstancias difíciles que nos obligan á hacer determinados trabajos, desarrollan en nosotros talentos cuyo germen se hallaba oculto y respecto de los cuales no nos creíamos con aptitud.

El entendimiento del hombre más obtuso se afina cuando se trata de cosas que convienen mucho á su voluntad; entonces advierte, observa y distingue con gran precisión los menores detalles relativos al objeto de sus deseos ó de sus temores. Esto contribuye grandemente á esa astucia que con sorpresa observamos en ocasiones en hombres obtusos. Isaías dice con razón: *vesatio dat intellectum*; esto ha pasado á ser proverbio, y se dice que la necesidad es madre de las artes, refiriéndose á la industria y no á las bellas artes, pues la sustancia de las obras de arte, es decir, su concepción, para ser verdadera, ha de nacer de una intuición puramente objetiva sin mezcla de voluntad.

La necesidad estimula la inteligencia hasta en los animales, y así en los casos difíciles les vemos alcanzar resultados sorprendentes; todos los animales, por ejemplo, calculan que lo más prudente es no huir cuando creen no haber sido vistos; la liebre permanece

ce inquieta en el surco y deja que el cazador pase rozándola; el insecto, cuando no ve medio de escapar, se hace el muerto. Para llegar á conocer bien esa influencia, debe leerse la historia de la educación especial adquirida por el lobo, bajo la presión de las circunstancias difíciles en medio de las cuales tiene que vivir en la Europa civilizada; esta historia se halla en la segunda carta de la excelente obra de Leroy: *Lettres sur l'intelligence et la perfectibilité des animaux*. Después, en la tercera carta, aparece la exposición de los estudios del raposo, el cual, en condiciones no menos difíciles, sustituye la fuerza muscular que le falta con una mayor inteligencia, pero no llega á ese grado superior de sagacidad que le distingue en particular cuando es viejo, sino por efecto de una lucha constante con la necesidad de una parte y con el peligro de otra, es decir, espoleado por la voluntad.

En todas estas exaltaciones de la inteligencia, la voluntad desempeña el papel del jinete que con la espuela impulsa á su caballo á un esfuerzo que excede de la medida ordinaria de sus facultades.

La presión de la voluntad refuerza también la memoria. Hasta cuando ésta es débil conserva, sin embargo, perfectamente aquello que tiene valor para la pasión existente en aquel momento. El enamorado no olvida nada de lo tocante á sus amores; el ambicioso ningún pormenor que favorezca sus proyectos; el avaro ninguna pérdida de dinero; el orgulloso ninguna ofensa á su vanidad; el vanidoso, en fin, recuerda toda palabra de elogio y hasta la más pequeña distinción que le haya sido otorgada. Esto se aplica igualmente á los animales: el caballo se detendrá delante de la posada donde una vez, hace largo tiempo, le dieron de comer; los perros tienen excelente me-



moria respecto de todas las ocasiones, todos los momentos y lugares en que pudieron atrapar un buen bocado; el zorro no olvida los numerosos escondrijos donde oculta el producto de sus rapifias.

Un poco de observación dirigida hacia nosotros mismos nos suministrará datos curiosos sobre el particular. A veces una interrupción nos hace olvidar el asunto sobre el cual nos disponíamos á reflexionar ó bien una noticia que acaban de anunciarnos. Mas, si la cosa ofrece algún interés personal para nosotros, aunque sea poco, se conservará la reminiscencia del efecto producido sobre la voluntad, y sabremos todavía exactamente en qué medida nos ha afectado agradable ó desgraciadamente y hasta la manera especial que hemos tenido de ser impresionados, esto es, si nos hemos afligido, inquietado, indignado, turbado, ó bien si las emociones producidas han sido opuestas. De esta suerte, lo que se conserva en la memoria es la relación de la cosa con la voluntad, aunque la cosa misma haya desaparecido, y esa relación nos sirve á veces de hilo conductor para averiguar cuál era la cosa olvidada.

El aspecto de un hombre nos impresiona á veces de una manera análoga; recordamos de un modo vago haber tenido alguna relación con él, pero sin saber dónde, cuándo, ni de quién se trató, ni quién es él; mas, en cambio, su presencia nos recuerda con gran fidelidad la impresión que aquella circunstancia pasada había producido sobre nosotros, si fué grata ó penosa, en qué grado nos afectó y hasta de qué manera particular. La memoria no ha conservado más que el efecto producido en la voluntad, mas no la causa que lo produjo.

Se podría denominar este fenómeno memoria del

corazón, memoria, por cierto, mucho más íntima que la de la cabeza. En el fondo, la relación entre ambas es tan estrecha, que reflexionando se advierte que la memoria en general necesita ir acompañada de voluntad, la cual le sirve de punto de apoyo ó más bien de hilo en que se ensartan los recuerdos y que los sostiene firmemente; ó bien la voluntad forma el fondo sobre el cual se fijan, aislados, los recuerdos, y sin el cual no se adherirían. De ahí resulta que en una inteligencia pura, es decir, en un ser puramente consciente y despojado de toda voluntad, no se podría concebir que existiera la memoria. Por consiguiente, el refuerzo, antes descrito, de la memoria á impulsos de la pasión del momento, no es más que un grado superior de lo que ocurre normalmente en todo funcionamiento de la memoria, puesto que la voluntad es siempre su base y su condición. En esto vemos también cómo la voluntad es un elemento más íntimo de nuestro ser que la inteligencia. Los hechos que vamos á exponer lo comprobarán todavía más.

La inteligencia obedece con frecuencia á la voluntad: por ejemplo, queremos acordarnos de alguna cosa, y lo conseguimos á costa de algún esfuerzo, y lo mismo ocurre cuando en un momento determinado queremos meditar atentamente sobre cualquier asunto. A veces también la inteligencia se niega á obedecer, como cuando tratamos de fijar nuestra atención en alguna materia, sin lograrlo, ó cuando reclamamos en vano á nuestra memoria algún objeto cuyo recuerdo le habíamos confiado. En estas ocasiones la ira de la voluntad contra la inteligencia deja entender la naturaleza de la relación que existe entre ellas y su diferencia. Acontece también en ocasiones que la inteligencia, atormentada por la cólera de la voluntad, la pre-